

—Me parece hermoso asunto para un cuadro.

—Estos artistas—dijo la dama—son implacables; todo lo ven á través de su arte. Sólo reparan en si hay ó no hay asunto. Vamos, que usted ya está pensando en retratarlas.

—Por mí, cuando ustedes gusten.

—Pues mañana mismo. Lo que yo quiero precisamente es eso; que usted trabaje.

—Trabajo—prorrumpió Aliaga con altivez soberbia.

Bajo la frase de la Sagrario, el artista vió transparentarse la figura del *mecenas* y sintió que se encrespaba en oleadas el orgullo de su raza. Una altivez bravía, indómita, palpité en todo su organismo de tal manera, que sin darse cuenta cabal de lo que hacía, despidióse rápidamente de la señora y de las niñas.

La del Sagrario le incitó á que volviese pronto para emprender la obra de Quijas.

—Urge—le decía.—Venga usted mañana mismo.

—Volveré. Tal vez mañana me sea imposible. Pero en cuatro ó cinco días estoy á sus órdenes.

Fué en él inconsciente el darse tiempo para pensar despacio en aquella protección que le ofrecían. A punto había estado de rechazarla allí mismo en uno de sus arranques altaneros. Pero en aquel momento era descortés todo movimiento de vanidad, y aguardó, seguro siempre de sí mismo.

Al bajar las amplias escaleras del palación, al atravesar el zaguán inmenso, Esteban Aliaga sentíase contento, sereno, tranquilo. Sentíase más que nunca fuerte, dominador, dueño de su arte.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Don Trifilo de la Torrecilla subió jadeando unas escaleras angostas, de peldaños altos, de huella estrecha. En cada rellano deteníase unos instantes para descansar y tomar aliento. Lleva en la mano un paraguas que chorrea. También los pantalones de Torrecilla chorrean agua sobre las botas viejas, resquebrajadas. La ascensión es cada vez más lenta y más penosa; ha subido ya muchos pisos y le falta resuello para vencer el último tramo de la empinada subida.

Detiéndose al fin ante una puerta en la que reluce una placa ovalada, de metal dorado, con unas letras negras, gruesas, ostentosas, que dicen: *Aliaga. Pintor de Historia*. Mira un momento aquel óvalo brillante, y la sencilla, la rotunda leyenda sin duda le despierta una melancolía adormecida, porque don Trifilo mueve la venerable testa con ese lento balanceo del que siente surgir en su mente ideas tristes, pensamientos lastimeros.

Tiende la mano descarnada, sarmentosa, para tirar de un cordón de campanilla, pero antes de decidirse á dar el tironcito, don Trifilo vacila. Se detiene en indecisión dolorosa; sin duda es terrible para don Trifilo llamar á aquella puerta. Asomado á la barandilla, contempla la altura mirando el fondo de la escalera como si de pechos en un brocal contemplase el fondo de un pozo. La obscuridad de la tarde acrecienta misteriosamente la hondura.

Don Trifilo, sin dejar de mirar á lo hondo, pensó esto: «Después de haber subido con tanto trabajo tantas escaleras, ¿voy á bajarlas sin llamar, sin decir nada?»

En este momento la luz eléctrica iluminó el fondo del pozo; pero sólo el fondo. Las alturas seguían entenebrecidas por la escasa luz del atardecer lluvioso, triste, frío. Aquella débil luz que apenas alcanza á esclarecer la escalera ilumina súbitamente el espíritu de don Trifilo. Es cosa resuelta; él llama.

No era fácil conocer al Sr. Torrecilla; la decrepitud más ruinosa había cambiado el aire de su caballero persona. Ya no era el erguido, el quijotesco Torrecilla de otros tiempos; era uno de esos ancianos que se encorvan penosamente hacia la tierra como si buscasen en ella un hoyo profundo en que meterse; enflaquecido, escuálido, temblón de manos y piernas, rugoso y flácido el rostro, desdentada y rehundida la boca, escaseando los lacios cabellos sobre el cráneo brillante, limpio. Su estampa de quijotesco, de nobles líneas se había descompuesto como dibujo que se borra y se desvanece.

Don Trifilo tiró del cordón con golpe medido, discreto. Al oír el lento, largo campanileo, Torrecilla temblequeó un poco más de prisa, y sus ojos, más bien sus ojuelos rojizos, lacrimosos, temblequearon también en las cuencas teñidas de sangre, de humedad viscosa.

Sin duda para el viejo fué aquel un momento terrible, de aguda, de intensa angustia dolorosa. Revelábase en el estremecimiento que las piernas flacas daban al cuerpecillo corcovado. La cabeza al compás del cuerpo toma también balanceo.

Oye tras de la puerta unos pasos; oye después fragor de ferretería; llaves que dan vuelta, cerrojos que se corren. Abren la puerta. Es Antolín el que la ha abierto. Pero, aunque abrió la puerta, no abre paso; lo cierra, como defendiéndolo con su cuerpo.

Antolín pregunta:

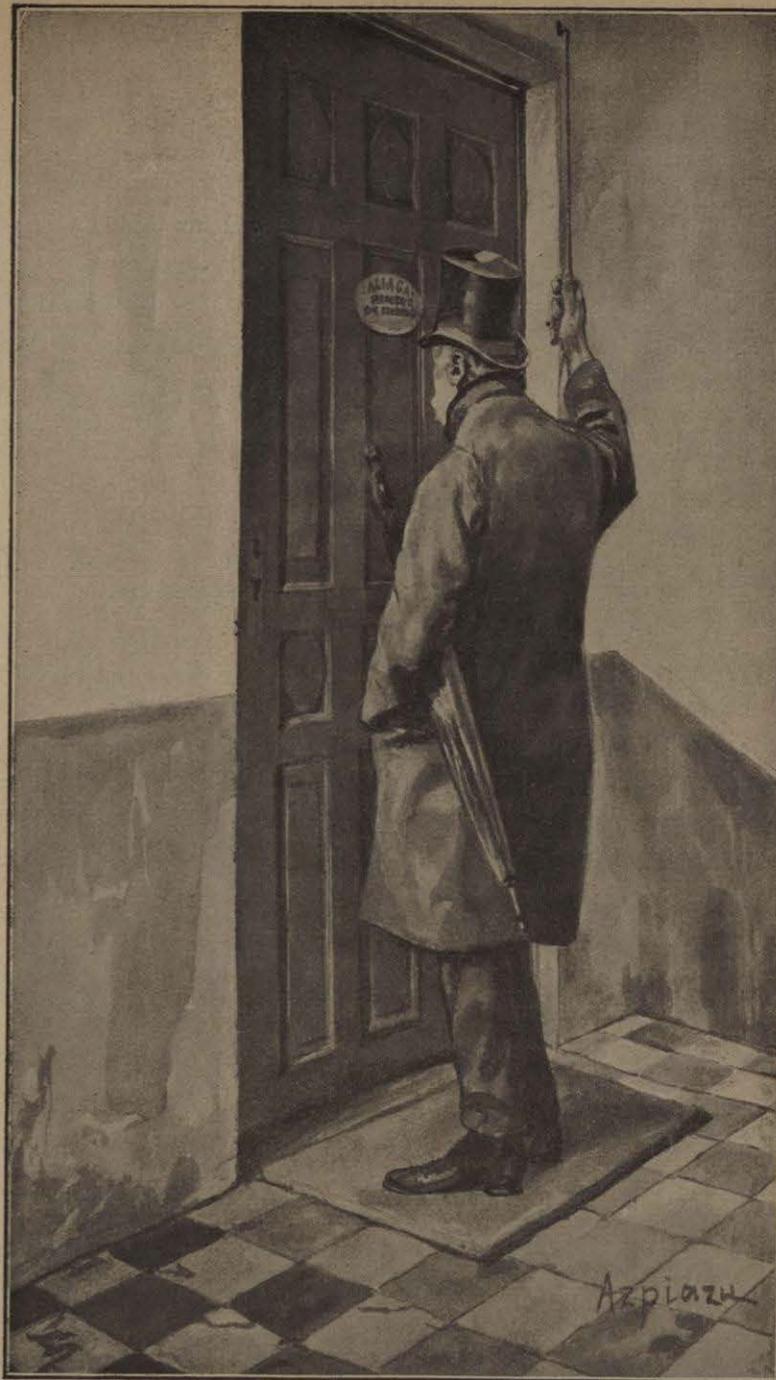
—¿Quién es?

Don Trifilo responde:

—Soy yo.

Pero Antolín no conoce la voz y no franquea el paso. Vuelve á preguntar:

—¿Quién es usted? ¿Qué se le ofrece?



Don Trifilo tiró del cordón con golpe medido, discreto

El viejecillo, con voz ceceosa, blanda, risueña de puro gozo, responde:

—Soy tu padre.

Antolín conoció la voz de su padre, aunque, en el tiempo pasado sin oírla, le pareció que era la ruina de su recia voz antigua.

—Soy tu padre—repitió don Trifilo antes de que el ciego hubiese abierto paso.

El viejecito entra; la puerta vuelve á cerrarse; desaparece de su vista la reluciente placa, el *Aliaga. Pintor de Historia*, y ve en cambio ante sí á su hijo, alto, pálido, con sus ojos yertos, blancuzcos.

Hijo y padre frente á frente, no hallan palabras que decirse. Permanecen perplejos en el pasillo, que es largo, hondo, estrecho.

Fué el padre quien habló primero. Y lo que habló, su hijo no pudo oírlo: tan temblona y ceceosa y leve fué su palabra.

Antolín, como si diese una respuesta á la frase que no oyó, dijo:

—Aquí no hacemos nada; pasemos á la sala.

—Pasemos á la sala—repite con torpeza el Sr. Torrecilla.

El ciego, sin vacilaciones ni tanteos, señala, marchando delante, el angosto camino de la sala.

Era una sala pequeña, baja, recuadrada. En un testero destaca un estrado de sofá y butacas; arrimadas á la pared, correctamente enringladas, están las sillas semejantes en forma á los muebles del estrado. Todos son de madera duramente pintada de negro y con espesa capa de barniz encima; tan lustrosa está que parece laca. Toda la sillería está tapizada con gruesa y áspera tela de brioso color anaranjado.

Pero lo que más atrae y sorprende en la pequeña sala son sus paredes revestidas de los más variados, de los más colorinescos cuadros. Son lienzos sin marcos, todos juntos, en apretado apelmazamiento, confusos, abigarrados. Predominan, sin embargo, unas cuantas notas crepusculares, y entre ellas predominan y resaltan un poco más intensas las que representan crepúsculos vespertinos. La mancha roja, violenta, ígnea, del sol poniente, atrae

fascinadora la mirada á tres ó cuatro sitios distintos. Son puntos carminosos de brava potencia de colorido; el rojo anaranjado de la sillería palidece al lado de ellos. Parece aquella tela puesta allí con estudiado rebuscamiento para contrastar la rojez del astro al hundirse en poniente.

También hay lienzos que representan efectos de luna, pero su gama fría, argentada, suave, casi se borra con la violenta explosión del rojo. Aquellas puestas de sol son terribles.

Don Trifilo, apenas hubo entrado allí, no pudo menos de mirarlas. Eran, en verdad, imperativas.

Así que las hubo visto, volvióse hacia su hijo.

—Ahora voy á decirte á lo que vine. Espera que me siente.

Los dos se sentaron en el estrado.

—¿Es posible, Antolín!.. ¿Por qué nos abandonaste?

—Fueron ustedes.

—¿Dices que fuimos nosotros? ¿Cómo puedes decir eso?

—Sí.

—Eres injusto. Yo no te abandoné nunca. Guillerma tampoco.

—Aquí estoy bien. Aquí sirvo, aquí soy útil.

—¿Para qué sirves tú, infeliz?

—Padre, déjeme. No comencemos. Soy feliz al lado del artista, al lado del genio..., pues basta.

—Antolín, hijo mío...

Al decir esto Torrecilla acercó su flaco, su tembloroso cuerpo á su hijo y con voz lacrimosa añadió:

—Puede que sí. Mira, oye..., ¿sabes tú? ¡Ay, triste! Creo que también allí yo estorbo, molesto. ¿Oyes mi voz? Pues oír mi voz es como ver mi cuerpo: el mismo temblor, la misma decrepitud; decaimiento, ruina.

Los ojos de don Trifilo se llenaron de agua, de humedad rojiza y espesa.

El ciego con sus manos busca las de su padre. Las halla, las coge y dice con serenidad imperturbable, con calma inmensa, como si dijese lo más insignificante que pudiera decirse:

—Véngase con nosotros.

—¿Yo? ¿Qué dices?

—Que se venga para acá; con nosotros.

—Pero ¿tú sabes que á tu padre le despidieron del colegio?

—Lo sé todo.

—¿Que ya en la confitería no soy tenedor de libros?

—Lo sé todo.

—¿Que no tengo lecciones porque soy un viejo?

—Todo, todo me lo cuenta Guillerma.

—Muchacho, ¿tú ves á Guillerma?

—Todos los días veo á Guillerma.

Para el viejo debió ser terrible la sencilla afirmación del ciego, porque con aire de abobamiento repitió:

—¿Todos los días ves á Guillerma?

—Véngase con nosotros y también la verá como nosotros la vemos.

—Espera, espera; vamos despacio, necesito ir despacio para hacerme cargo. La veis todos los días... ¿Quién?

—Esteban y yo.

—¿En dónde? ¿Es que Guillerma viene á esta casa?

—Y aunque viniera...

—¿Pero viene?

—No, no, no.

—Bueno, bueno... Pues si no viene, el que os veáis me alegra. Pero espera, que todavía no te dije á lo que vine y voy á decírtelo ahora mismo.

Preparóse Torrecilla para decirlo acercándose mucho á su hijo y poniéndole las manos temblonas sobre las rodillas. Antolín, al sentir el temblequeo de aquellas garras que le atenazaban las rodillas, tembló también.

—Tú lo sabrás. Anoche Agueda nos lo fué diciendo; á Guillerma también se lo dijo, y naturalmente se armó la marimorena que tú puedes suponerte. Es decir, Guillerma no; Guillerma se quedó blanca como el mantel—digo como el mantel porque todo esto ocurrió en la mesa, mientras cenamos,—pálida, pálida que daba miedo, pero sin decir una palabra. Fui yo quien salió á la defensa. Me

levanté, con toda la fuerza de mis pulmones grité tres veces consecutivas: «¡Mentira!»

Y don Trifilo ahora, al repetir la escena, se levanta en efecto, y con la menguada fuerza de sus pulmones grita tres veces consecutivas el apóstrofe: «¡Mentira!»

Antolín le oye impávido. Sus ojos lechosos ni pestañean.

El Sr. Torrecilla vuelve á sentarse, á reanudar el relato.

—Al oirme gritar esto, tu madre y tu hermana me increpan iracundas y responden que es verdad, que es cierto.

—Padre, aún no sé lo que es eso.

—¿Qué?

—Lo que era verdad y lo que era mentira.

—A eso voy. «¿Quién os lo dijo?» les pregunto yo. Y ellas me responden: «Todo Madrid lo dice.» Pero yo les replico: «*Todo Madrid* no es nadie; una persona, venga una persona que lo diga.» Y resultó que no había una persona. Pero yo pensé después: cuando *todo Madrid* lo dice...

—¿Qué dice, padre, qué dice?

—Que Aliaga se casa con la nieta mayor de la marquesa del Sagrario.

—¿Y á usted qué le importa?

—Antolín, ¿te has vuelto loco? ¿No ha de importarme?

—A usted ¿qué le importa... que lo digan?

—¿Crees entonces, como yo, que es mentira?

—Debe ser mentira.

—Antolín, hijo mío, no te burles; no acrecientes los tormentos de mi vida. Tú sabrás la verdad; viviendo como vivís juntos, lo sabrás todo.

—Yo no sé nada; yo no quiero saber nada. No me importan sus amores; sólo me importa su arte.

—¡Desgraciado! ¿Qué puedes tú saber de su arte?

—¿Yo?... Mire usted.

Y al decir esto, Antolín se levanta, da vuelta á una llave y la sala que estaba ya tenebrosa se ilumina con raudal de luz.

—¿Lo ve usted, padre? Es su obra.

Esclarecido el espacio, destacaron los colores intensos, abigarrados, poderosos. Hasta las puestas de sol se iluminaron con resplandores nuevos. Aquellos soles rojos sobre un fondo de violeta parecían manchas de lacre sobre el lienzo.

Don Trifilo miró confuso y deslumbrado las paredes. Antolín mismo parecía verlas, según su expresión de arrobamiento.

—Hable usted sin rencores, serenamente. Quien pintó todo esto, ¿no es un artista... un genio?

—Un artista, un genio—repitió don Trifilo con la devoción de un convencido, de un creyente en el arte de Esteban.

Pero después con tono de íntima confianza le pidió que refiriera lo que supiese sobre la boda del pintor con la nieta de la marquesa.

—¿Pero cree usted, padre, que yo con Aliaga trato de tales asuntos? No; nunca. El arte, sólo el arte.

—Bueno; mucho arte; pero tú explícame esto: Esteban ¿por qué abandonó las Vistillas y vino á dar con sus lienzos en este cuarto que, según yo veo, es pequeño y angosto?

—Tiene al respaldo, allá en el fondo, un hermoso taller de grandes luces. Venga usted de día y se lo enseñaremos; allí está lo mejor de nuestra obra, lo más grande, lo más bello.

—Pero ¿es verdad que vivís aquí con una tal Serafina, corredora de prendas y usurera de oficio?

—Es verdad lo de Serafina y es verdad lo de las prendas, pero lo de la usura es una grandísima mentira.

—Y esa mujer ¿quién es? ¿Y tú cómo abandonas la casa paterna?

—Vamos por partes. Usted pregunte sin obligarme á amontonar las respuestas.

—Bueno. ¿Quién es Serafina?

—Uno de los seres más grandes, más admirables de la tierra. La salvación de un artista de talento. Verá usted, lo que parece cosa muy extraordinaria es lo más sencillo, lo más natural y lo más lógico de este mundo. Serafina conoció al artista desde niño.

—Ya sé la historia. Sigue; adelante.

—Serafina un día se planta en casa de doña Leonor de Urbina, se encara resueltamente con el pintor y le dice: «Señorito; sabrá que he mercado una miaja de casuca, es decir, una casa de poco más ó menos, pero que me resulta casualmente con un estudio en el último piso.»

—¿De modo que esta casa es de Serafina?

—Calma, padre, calma. Esta casa es de Serafina.

—La habrá adquirido por algún retro.

—La adquirió con su dinero. Si Esteban es el genio del arte, Serafina es el genio de los negocios; ya sabe usted que esta mujer es el primer talento administrativo. Cada día inventa nuevas y sorprendentes combinaciones económico financieras; su mirada para los grandes negocios es alta, profunda y penetrante. Hoy sus negocios marearían la cabeza mejor sentada. Serafina, actualmente, y esto que se sepa, tiene en la corte cuatro tiendas de ultramarinos en distintos barrios, una zapatería, dos montes de piedad, y ahora está al caer una tienda en los soportales de Santa Cruz, en donde se confeccionan abrigos de señora. Pues todo lo gobierna ella; y lo gobierna sin abandonar su tráfico de prendas. Se me olvidaba: en el Rastro tiene dos puestos: uno de mobiliario—de allí procede este—y otro de cacharros antiguos.

—¡Admirable mujer! Pienso que á Teresita, á tu madre, le hacía mucha falta un poco de este genio; no nos veríamos como hoy nos vemos.

—Perfectamente. Padre, de acuerdo. Aquí me tiene usted á mí, impregnado de este espíritu mercantil, industrial y financiero.

—Explicame cómo puede ser eso.

—Sencillamente. Yo me pongo todas las mañanas, desde muy temprano, á la puerta de Jesús pidiendo limosna.

—¿Tú?... ¿tú pidiendo?

—Calma, calma.

—¿Tú pidiendo limosna?

—Pido en apariencia. Tiendo la mano; de cuando en cuando no falta un infeliz que me deje una limosna. Pero yo estoy á otra cosa.

—¿Qué? Me tienes en ascuas.

—De cuando en cuándo viene á mí algún *cliente* y, al mismo tiempo que deja en mi mano cinco céntimos, deja en mi oído un recadito: para Serafina tal ó cual cosa. Yo me guardo la limosna y tomo nota del recadito. Tomo nota, claro está, en mi memoria. Luego vengo y todos los recaditos de los *clientes* se los doy á Serafina, ¿se hace usted cargo? Algunas veces yo mismo soy el encargado de llevarles la respuesta, y entonces, al día siguiente, vuelven por la respuesta. Las respuestas que yo llevó casi siempre son terribles. No crea usted que es *clientela* de poco más ó menos; casi toda es de rumbo, de coche á la puerta.

—Ya comprendo, ya comprendo.

—Algunas veces me suplican, casi con lágrimas en los ojos, que interceda por ellos, que le pinte el caso á Serafina. Luego entran en Jesús y rezan para que también Jesús interceda.

—Ya comprendo, ya comprendo,

El viejo, encorvándose en el anaranjado asiento, temblequeaba aceleradamente. Antolín temblaba con animación y vehemencia.

—¿Ve usted bien, padre? Yo tiendo la mano; sí, señor, yo tiendo la mano. ¿Para qué? ¿Para que me socorran? No, señor; para ofrecer socorro. Parece que pido caridad y lo que hago es ofrecerla.

—¿Caridad?

—Sí, caridad para los que llegan con el agua al cuello. Yo siento que llegan ahogándose; lo siento en la voz, en el tono angustioso.

—Ya comprendo, ya comprendo—repetía don Trifilo cada vez más encorvado y más tembloroso.

—De cada negocio me queda algo, un poco; además de las limosnas.

Y el ciego, al decir esto, mete la mano en una profunda faltriquera del chaquetón y saca un par de billetes de cinco duros envueltos cuidadosamente en un papel de seda de color rosado.

Su padre, al ver el contenido de aquel rosado paquete, mira

atentamente á su hijo. El hijo vuelve á doblar con mucho tiento y remilgo el papel de seda; pero ahora sólo deja dentro un billete. Lo guarda en el hondo seno de la faltriquera.

—Este para usted—dice Antolín tendiéndole á su padre el otro billete.

El viejo se encrespa, se levanta, se afirma reciamente para no temblaquear y con la voz blanducha que intenta ser solemne responde:

—No lo tomo. Yo no vine á eso.

—Pues aunque no viniera; tómelo, tómelo. Puede tomarse; es el dinero más honrado del mundo.

—No lo he dudado, no, hijo mío; si te ofendes...

—Si para que usted lo tome es menester que me ofenda, me ofendo. Ya está dicho.

El Sr. Torrecilla cogió el resobado billete; sin que su hijo lo sintiera, se lo llevó á los labios y sobre la mugre del papel pone un beso. Luego guárdase el billete.

Al volver á sentarse don Trifilo, pregúntale al ciego:

—¿Y esa noble, esa desventurada señora?

—¿Doña Leonor?

—Doña Leonor de Urbina.

—Aquí suele venir á ver á su hijo. Pero de tarde en tarde.

—¿Dónde vive? ¿Con quién vive?

—Yo no lo sé. Misterio que no me importa descifrarlo. Ya le he dicho que yo no me mezclo en lo que no me incumbe. Doña Leonor suele venir por aquí; entra en el taller de Esteban, entra en el cuarto de Serafina. Conmigo no habla.

—Y ese hombre ¿trabaja mucho, pinta mucho?

—Ahora está con el retrato de las tres Sagrarios. Es una obra admirable de elegancia, de color, de finura. Están juntas las tres hermanas, abrazadas como tres Gracias; por fondo el jardín del palacio melancólico, sombrío, triste. Y sobre este fondo de obscuridad verdosa, las tres figuras en blanco, claras, nítidas, luminosas. ¡Una obra!

Y el ciego hablaba de la obra con el acento convencido del

que la ha visto. Sus palabras, al hablar de la labor de Aliaga, salían llenas de unción íntima y comunicativa. Quien lo oyera se contagiaba.

El viejecito sintióse contagiado, impregnado de un entusiasmo ardiente y admirativo.

—Sí, *Aliaga, pintor de Historia*.

Inconscientemente repetía la placa de la puerta creyendo que en ello iba el mayor elogio.

Un campanillazo recio, largo, estremeció la casa. Fué á abrir el ciego. Poco después presentóse Serafina en la sala; entró como podía entrar una bocanada de viento, con estrépito, repentina y rauda. El Sr. Torrecilla adelantóse con ceremonia hacia ella; ella con expresiva llaneza le tendió la mano.

—Ya me dice el ciegucecito que es usted su padre. Pues por muchos años. Tiene usted un hijo que vale veinte soles. También á su hija la conozco.

—¿A Guillerma?—tartamudeó el viejo.

—No, señor; á la otra.

—¿Agueda?

—Esa. Nos vemos en las casas. Ya ve usted, señor, mi emperado oficio me lleva de casa en casa, de puerta en puerta.

—Ya, ya me dice mi hijo...

—Sí, señor; vida como la mía no hay otra. Y yo me digo á mí misma: Serafina, ¿tú para qué trabajas tanto?

—Eso, eso. ¿Para qué trabaja usted tanto?

—Ya ve, ¡sola en el mundo, sin familia! Y menos mal ahora con esto de tener aquí al señorito.

Hablaba la mujer con arranque ingenuo, con sinceridad garbosa, y al hablar, animábase su rostro grande, brillante, escarlata.

De repente, sin buscar inútiles rodeos, como si desbordasen sus pensamientos en sus palabras, dijole á don Trifilo:

—Por supuesto que ya sabe usted que ésta es su casa; basta que sea usted padre de este muchacho, porque yo á este muchacho le quiero.

Torrecilla estaba confuso, lleno de aturdimiento; no acertaba á expresarse, cual quería, agradecido. Aquello era un caso tan nuevo, una situación tan peregrina, que no era fácil hallar fórmula para salir airoso de ella.

Al fin consideró lo más airoso despedirse prometiendo volver otro día. Y como lo pensó, lo hizo.

Bajó á saltitos las escaleras que trepó con lentitud y temblequeo. Pero, al salir á la calle, el frío, la humedad intensa, le envolvió en un malestar extraño; acordóse de su hija Guillerma. El había ido á saber algo y se marchaba sin saber nada. ¡Pobre Guillerma! ¿Era verdad, era mentira lo de las Sagrarios?

—¡Lo que pasa en el mundo!—se decía á sí mismo el señor Torrecilla, mientras caminaba sin rumbo por callejuelas solitarias y oscuras.—¡Lo que pasa en el mundo!

Ya no llovía; un viento impetuoso y frío barría las nubes, y entre los jirones parpadeaban verdosas, húmedas, las estrellas. Don Trifilo, con penoso desdoblamiento del cuerpecillo, las miraba, simpatizando íntimamente con ellas. El encorvado señor iba con paso temblón, inseguro, de calle en calle, sin darse razón exacta de las vías recorridas, porque su pensamiento caviloso no estaba puesto en las calles. Sólo de cuando en cuando, en alguna esquina, le agujoneaba la sacudida del viento, un viento que hablaba los huesos.

Pero, pasado el furor de la ráfaga, volvía don Trifilo á sus cavilaciones, al teje maneje de sus pensamientos.

—Tendré que volver á saberlo. Volveré; tal vez Serafina lo sepa, tal vez me lo diga. ¡Mujer sin par, hembra admirable! Sin duda, lo de la usura es mentira, baja calumnia, cosas que inventa la envidia para morder con su boca venenosa. No; es la protesta ruin, plebeya, contra el genio audaz que se impone y domina. ¡Qué extraños contrastes y qué extrañas amalgamas, qué red tan sutil la de la vida humana! ¡En un mismo hogar reunidos el genio del arte sublime y el genio del negocio épico! Y en medio de los dos, como eslabón de oro, Antolín, mi hijo. ¡Un ciego!

Al pensar esto, don Trifilo atraviesa en línea diagonal los es-

cuetos, los húmedos jardincillos de una plazuela. Halla á su paso un banco que le ofrece momentáneo reposo; instintivamente se sienta. Pronto un azote del cierzo le levanta. La ramazón desnuda de los altos árboles parece decirle: «Anda, viejecito, anda.» Y el viejecito anda, y al andar piensa en su hija Guillerma. ¡Infeliz criatura! ¡Si fuera cierto! Ella calla, calla; ella nunca se queja; de su pecho jamás sale un lamento. Ella sube penosamente el áspero calvario.

Un golpe de humedad viscosa le llena los ojos al viejo; le ciega; se los enjuga con la mano fría y sigue caminando. Aún está lejos de las Vistillas; atraviesa ahora calles populosas de tránsito difícil, pero él tan solitario se encuentra, para seguir el hilo de sus pensamientos, como en las callejuelas de antes.

—¡Si fuera verdad!—se dice;—¡si fuera verdad, se moriría y, muriéndose ella, todos nos moriríamos roídos por el hambre!

En este momento pensó en el billete que llevaba en el bolsillo y su faz se iluminó con resplandor fugaz, pero intenso. Volvió en este instante á mirar las estrellas, que temblequeaban, como él, en lo alto de un cielo profundo, misterioso. Al desembocar en el amplio rellano de las Vistillas, el viento le impelía iracundo, frío, despiadado.